



**NATURALEZA EMOCIONAL Y VALORICA
DEL JOVEN POBRE**

NATURALEZA EMOCIONAL Y VALORICA DEL JOVEN POBRE

Por Claudio Parra Alvarez

Se trata de incursionar por el mundo afectivo del joven pobre. Mundo problemático y caótico de dificultoso estudio.

En este ensayo se sustenta la idea de que todas las emociones, así como el con/unto de los valores sobre los cuales emergen las diversas formas de su conducta, tiene un carácter orgánico y no meramente cultural. Para ello se recurre a la aplicación del método fenomenológico tan usado hoy en los estudios de la psiquiatría y tan apropiado para llevar a cabo un examen más riguroso y estricto de la vida emocional de jóvenes en extrema pobreza y de valoraciones que les son propias. Se propone, además, en este ensayo, un procedimiento que podría resultar eficaz para la formación en el vasto campo de los valores. Más, por sobre todo, este ensayo constituye un esfuerzo por explicar y conocer la naturaleza emocional y valonea del joven indigente.

I. Constituye una característica del joven pobre someter al mundo exterior á un constante enjuiciamiento. Así, la imagen que el mundo tiene, curiosamente, no es más realista, pero sí más subjetivista. El joven, al que nos hemos referido en este ensayo, desea sobre la existencia de otro mundo, además de aquel que es conocido sensorialmente, un mundo que no es pensado pero sí, sentido, que no es real pero cuya validez es indiscutible.

El joven no tiene una imagen unitaria del mundo; su imagen de la realidad es parcelada, dividida, fragmentada. Su lucha por conseguir una imagen unitaria del mundo, ordenada y centralizada, ocupa una gran parte del tiempo de su edad juvenil, y a veces, dura toda la vida. El mundo de los sentimientos sigue evolucionando progresivamente y aumentando en intensidad. Sus embates son recios, la vida sentimental de los jóvenes parece no tener un mayor equilibrio y se exterioriza a través de situaciones de fuerzas y solturas corporales; los sentimientos son inestables. De esta manera el sentimiento del propio poder y del valer propio es débil. Resulta inobjetable, dificultoso vencer todos los sentimientos innobles y bajos; se torna problemático hacer frente a lo vulgar y repugnante. En realidad, existe una muy vaga conciencia del propio valor. Se vive con dificultad, haciendo uso de fa-'cultades limitadas. Un inapropiado deseo de imponerse en la vida se apodera de ellos, orientados por las limitadas disposiciones naturales y por el azar. Pues bien, ¿Es éste un callejón sin salida? ¿Es

la condición del joven pobre una fatalidad frente a la cual el libre arbitrio, la voluntad, no puede hacer nada? En la enmarañada selva de los sentimientos surge, como tenue luz de madrugada, el rayo dorado de la esperanza. El joven espera ser alguien, espera afianzar la hora actual de su existencia, espera abordar aún cuando sin mayor certeza en el éxito de los logros un futuro brumoso, problemático y lejano. Espera, por ejemplo, fundar una familia, tener una esposa amante y fiel. Estas esperanzas tuyas parecen ser lugares comunes motivos de aspiración de todo el mundo y de toda la gente, pero lo cierto es que estas esperanzas tuyas que consisten en amar a una mujer, fundar una familia, tener hijos, laborar en un trabajo productivo, etc..constituyen la carta única a la que juegan toda su vida.

En escasas ocasiones la vida logra satisfacer todas nuestras necesidades físicas y espirituales. Esto se debe a que pretendemos lograr de la vida objetivos o metas que suelen estar más allá de nuestras posibilidades y, por otra parte, de las características del mundo exterior. Por otro lado, el destino, que suele ser adverso a los jóvenes pobres, distribuye caprichosamente dones y talentos, sin considerar nuestros méritos.

Como las esperanzas no son totalmente satisfechas, los jóvenes han de sufrir lamentables desengaños y frustraciones. Estos desengaños se arraigan muy profundamente con la vida espiritual del joven, proporcionándole a la vida una tonalidad dramática y gris. Pero, ¿qué rol juega

el carácter de cada individuo respecto de las aspiraciones esperadas y no satisfechas? Hay caracteres resignados que se conforman con todo cuanto el mundo les da, pero esa resignación suele, en los jóvenes, originar amargos resentimientos o patética desesperación. Cuando el joven pobre se resigna, renuncia al valor deseado; en el resentimiento, el joven menosprecia el valor, y en la desesperación, la totalidad de la vida se contamina de sin sentido y de la pérdida de la voluntad de vivir (1).

Los desengaños propios de la vida del joven, crean en ellos una actitud escéptica frente a los valores. A un muchacho a quien le está vedado la vivencia de muchos valores no sólo actúa como una criatura inferior, procede además como un sujeto vacío e insensato, es un resentido, es un detractor de casi la totalidad de los valores superiores. Existen innumerables hombres maduros que no han llegado a la plenitud de su desarrollo interior, esto se debe fundamentalmente a los dolores y frustraciones experimentadas en la edad juvenil, y aún más atrás, en los albores de la infancia.

En el transcurso del desarrollo psicológico del joven marginal, es imprescindible el que el joven vaya formando dentro de sí un mundo, un conjunto de valores propios. Por lo pronto, como ya lo hemos dicho, la vivencia valórica en los jóvenes pobres es indiferenciada, subordinada, lábil y parcial; entre otras muchas cosas porque el joven pobre no es libre, y el desarrollo de su vida como el de su personalidad, depende mucho aún de otras personas. El joven pobre debe, por lo tanto: a) liberarse de ciertos modelos personales perniciosos; b) adherirse a los valores propios de toda la humanidad; c) perfeccionarse y consolidar, como parte de su propio ser, el mundo de los valores.

Los jóvenes pobres, todavía inmaduros, carecen de un centro personal que articule unitariamente sus vivencias. Vuela de sentimiento en sentimiento como la abeja de flor en flor, sumergiéndose siempre en el sabor del puro sentir. Su alma no está organizada, su espíritu evoluciona lentamente bajo el peso de profundas impresiones que guarda como patrimonio permanente, todavía es necesario que transcurra más tiempo y se vivan

más experiencias para que se forme la unidad y la armonía de la personalidad. Persiste, en el joven pobre, la "profundización de los sentimientos", estos sentimientos son tan profundos, tan radicales que son susceptibles de provocarles una intensa conmoción interior. Por ejemplo, el joven se siente unido a un amigo con una pasión intensa y arrolladura. Pleno, casi siempre de hondos sentimientos, su interés y su ocupación están casi siempre orientados tras la búsqueda de "inútiles pasiones", afortunadamente los sentimientos y su desarrollo acrecienta, en parte, el volumen y la calidad de sus nuevas experiencias psíquicas, dando lugar a los primeros albores, todavía tenues, de la racionalidad y la reflexión. "En realidad, profundización no significa otra cosa, sino darse cuenta de la vitalidad psíquica aún no desarrollada, aún no experimentada, ni siquiera descubierta. En ello existe un elemento propulsor..." (2), de esto es posible colegir las consecuencias espirituales perjudiciales que produce la carencia de profundización. La carencia de profundización del vivir de los jóvenes pobres, origina o supone la enorme imposibilidad de la creación de un mundo interior fecundo en valores personales. A partir de una proporción como ésta, podremos entender innumerables comportamientos negativos que padecen los jóvenes incorporados a los vastos círculos de la marginalidad.

Al desarrollo del carácter propiamente sentimental del joven pobre es posible atribuirle su ocasional afección por los deportes, por los grupos de amigos, por la identificación emotiva por personas -mayores y menores- que habitan en su medio, etc. Manifestaciones afectivas o sentimentales que nosotros identificaremos con el nombre de ligera excitabilidad, situación que los aproxima ocasional y sentimentalmente a algunos contenidos de valor.

El joven pobre deambula por los polvorientos caminos de la tierra, portando sobre sus hombros el sentido de una gran afectividad, conociendo así -difusamente- los complejos laberintos de la vida. Tan pronto como el joven conoce con precaria exactitud un hecho, lo abandona aburrido, en busca de otro hecho distinto, para volver luego a hundirse en el terreno blando y

(1) **LERSCH**, Ph. Pag., 231, ss. y 285
Estructura de la **Personalidad** Paidós.
B. Aires, 1972.

cenegoso del tedio; las internas conmociones se manifiestan poderosamente. En ambos sexos se cae en estados melancólicos depresivos, en pesimismo que terminan por negar todo sentido a la existencia.

Es curiosamente típico ver cómo el joven pobre saborea estos estados de ánimo. La tristeza y la melancolía les produce un goce mortificante, se encierran en su dolor y se sentirían todavía más desdichados si este dolor se les arrebatara, pues no tendrían ya razón o motivo alguno para compadecerse de sí mismos ni hacerse compadecer por los demás.

Estimulado por su fantasía, el joven pobre, sueña despierto en la posibilidad de alcanzar algún día el éxito, concretar el afán de hacerse valer. Estos sueños le proporcionan aliento para vivir, pero cuando abre los ojos y percibe la infeliz realidad en que se encuentra inmerso, percibe la limitación de sus aptitudes y talentos, que lo hace sentir invadido e insatisfecho sobre el poder de sus facultades, llenándose de amargura percibe cómo la imagen del hombre que quiere ser se aleja de él más y más. El joven se desvaloriza en extremo, mientras se sumerge en estados de profunda desesperación. Las dificultades reales que se oponen al joven pobre en su deseo de crecer y aumentar su valor, se yergue ante su conciencia como el muro de una irrefutable realidad. Hay en él -digámoslo en apretada síntesis- una clara sobrestimación y un anhelo desesperado de negarse a sí mismo. ¿Cómo se puede describir la relación del joven pobre con las demás personas? El joven es impetuoso en su relación con los demás; tan rápido como se acerca a una persona puede, sin más, separarse de ella. Tal vez siente especial vehemencia por una, en cambio, por las demás puede experimentar rechazo profundo. Los jóvenes, a pesar de sus menesterosidades, necesitan de la alabanza y de la aprobación de los demás. Su pundonor es sensible, en extremo, y el ideal es afianzarlo hasta donde sea posible en su manera de proceder. La experiencia nos ha enseñado que es bueno reavivar el pundonor del joven con estímulos en la palabra y en los hechos y procurar no herirlo con reproches ofensivos, pues el pundonor se manifiesta clara-

mente unido al desarrollo moral. Es normal que los jóvenes pobres reaccionen intensamente a las influencias exteriores, originando sentimientos hondos y profundos. Ser emotivo tiene una connotación bien precisa, "una particular sensibilidad en las vivencias, una revisión y entrega que actúa hacia adentro y una cierta falta de resistencia frente a las impresiones" (3). Tal situación hace posible que el alma juvenil sea afectada e impresionada por los demás pequeños estímulos de ánimos. Es frecuente que los muchachos oculten su emotividad ante los ojos de las demás personas, ocultando su rostro tras una máscara fría e irreal. El ánimo de los jóvenes siempre frágil y delicada, estremece el yo y la conciencia. Esta conciencia consiste en miedo al castigo, en el deseo de esperanzas y recompensas, en la "angustia social", como la llama FREUD. Es comprensible que el joven después de una mala acción se sienta culpable y experimente angustia y miedo. Los jóvenes están muy lejos de poseer la conciencia autónoma, que consiste: "En la voz propia, que habla en cada hombre, y que no depende de castigos ni recompensa de tipo exterior". (4) Una moral dotada de tales características origina graves conflictos, pues de la autoridad externa se puede huir de sí mismo. Todo esto puede ocurrir si consideramos que la moral común externa, se está desmoronando, está desvalorando todos los valores, atrepellando todas las leyes y originando una inquietante amenaza para la sociedad. II. ALGUNAS CONSIDERACIONES EN TORNO A LA FENOMENOLOGÍA DE LAS EMOCIONES EN JÓVENES POBRES Una de las características fundamentales que posee la realidad anímica es el hecho de constituir un fluir constante de contenidos emocionales y, en general, de las vivencias afectivas. Tal situación convierte en una tarea fatigosa la descripción de los contornos de las emociones siempre fugaces y difusas. Refiriéndonos, en particular, a este carácter inobjetivado de las emociones, es comprensible, a menudo, decir de ellas que "sentimos algo". Es evidente que el concepto de sentimiento es algo bastante problemático de describir intelectualmente. Es más, "la vivencia más íntima y profunda que experimentamos

(2) THOMAE, H.: *Persönlichkeit. Eine dynamische interpretation*. Bonn, 1955, Pag. 105.

(3) LERSCH, Ph. Págs. 243, s.

(4) FROMM, ERICH: "Ética y psicoanálisis", Pag., 173.

(5) KRUEGER, F.: "La esencia de los sentimientos". Bs. Aires, Paidós, 1957 (Nota 144).

en el sentimiento se resiste por su propia naturaleza a toda elaboración científica". (5) En toda emoción es posible distinguir dos aspectos: el contenido del horizonte vivencial y el centro de las vivencias del fondo endotímico. En el horizonte vivencial de valores se manifiestan como estímulos de lo que a nuestra interioridad llega cuando nos sentimos afectados. Los aspectos valiosos de carácter positivo o negativo también nos salen al encuentro en esta realidad que nos es dada. Lo que nos produce, pues alegría tiene un rostro distinto a lo que nos provoca la emoción religiosa; lo mismo ocurre con aquello que nos encanta o que nos horroriza. Todo lo temible, lo asombroso, lo irritante, lo agradable, lo hermoso o lo sagrado, son característica propias de ciertas cualidades subjetivas del estímulo que expresan una clara correspondencia con ciertas cualidades del fondo endotímico. "La realidad con la cual nos hemos encontrado y enfrentado queda inmediatamente incorporada a la intimidad del centro endotímico adquiriendo siempre determinados contenidos". (6) El matiz del fondo endotímico experimenta cambios constantes, como por ejemplo, cuando nos alegramos o cuando nos entristecemos, cuando nos encolerizamos o nos incomodamos, cuando tenemos fe y esperanza o nos hemos resignado. Se puede afirmar que una emoción puede ser muy profunda mientras más amplia sea la esfera de la vida anímica que ésta incluye y de la cual recibe su tonalidad y su matiz. Es preciso no perder de vista que si las emociones son profundas, todos los contenidos parciales de nuestra vida psíquica actúan como una tonalidad, relacionados, concatenados recíprocamente unos con otros. Un paisaje, una composición musical, si no son vivencias superficiales, son capaces de producir en nosotros una transformación profunda y hacer que nuestro pensamiento adopte una nueva dirección, de tal manera, que todo esto acontezca por la potencia y la calidad de los valores percibidos. Al respecto F. KRUEGER en su libro *La Esencia de los Sentimientos*, 1929, nos habla "de la amplitud con que llena la conciencia de los sentimientos profundos". Según

KRUEGER "los sentimientos tienen una acción estructuradora tanto mayor cuanto más profundos son y tanto más influyente en la sustancia anímica de nuestra estructura personal. Llevan en sí mismos el sello de algo que queda y permanece como proveniente de la forma unitaria de nuestro ser, de lo profundo de su estructura nuclear que engendra y determina los valores. Las vivencias correspondientes... penetran en el núcleo de nuestro ser anímico conforme se van produciendo e influyen en su crecimiento... Las vivencias emocionales profundas se refuerzan por la duración en el tiempo de sus causas y se infiltran cada vez más profundamente en la estructura del ser anímico. (7) Los sentimientos tienen una influencia mayor si son más profundos e influyen, además, con mayor energía en la sustancia anímica de nuestra estructura personal. Por otro lado, encontramos las emociones propiamente tales. Estas tienen la particularidad de ser intensamente impulsivas: la cólera es una emoción afectiva. Caracteriza a las emociones el tener la facultad de interrumpir el normal ritmo del acontecer psicosomático; son, además, más intensas que los sentimientos y actúan en la esfera corporal, particularmente en el sistema nervioso vegetativo.

Es muy importante tener presente que las emociones humanas poseen un horizonte Noético que permite establecer diferenciaciones entre los sentimientos. A partir de ellas el hombre elabora su imagen del mundo fundamentada por una conducta consciente y orientada a un fin. Cuando las denominadas "emociones primitivas" (susto, excitación, pavor), intervienen en el Horizonte Noético, el hombre pierde la capacidad de pensar, de percibir conscientemente el mundo ordenado, objetivo, relacionado; no puede en él dirigir conscientemente su conducta. A esta situación W. STERN designa como "inhibición de la autoactividad personal". (8) Cada una de las emociones posee una imagen virtual de una conducta respecto a los valores positivos o negativos en la que establece una lucha más o menos clara que determina la conducta.

(6) KLAGES, L: *"Fundamentos de la ciencia de la expresión"*. Madrid, Morata, 1953, Pag. 79.

(7) KRUEGER, F.: *Op. cit.*, Pag. 144.

(8) STERN, W.: *"Psicología general"*. Buenos Aires, Paidós, 1957, Pag. 148.

(9) *Op. cit.*, Pag. 152.

"En cada emoción se oculta un factor emocional hacia determinadas conductas, cuya afectividad no depende de que vaya asociado a representaciones conscientes de una finalidad de la conducta" (9). Podemos ejemplificar esta cita diciendo que en toda esperanza se encuentra virtualmente un avanzar hacia el futuro; que en toda ira encontramos el signo de la agresión, así como en la alegría el signo del abrazo. Las formas como habitualmente se manifiestan las emociones en la realidad de la vida anímica, es realmente desconcertante: alegría, embeleso, tristeza, disgusto, pesadumbre, preocupación, susto, horror, espanto, enfado, temor, esperanza, resignación, desengaño, desesperación, repugnancia, asco, cólera, indignación, compasión, envidia, estimación, desprecio, sorpresa, asombro, entusiasmo, ternura, etc. Cabe formularse, ahora, la siguiente pregunta, sólo con el propósito de conseguir un mayor acercamiento y una más reverberante claridad respecto de nuestro tema: ¿Es posible imaginar la cantidad enorme de reacciones conductuales subjetivas u objetivas, que pueden experimentar los jóvenes cuando los valores, que actúan como estímulos en el interior de él y remecen el árbol frondoso de algunas o de muchas de estas emociones, sean estos valores positivos o negativos, agradables o desagradables, superiores o inferiores? Lo cierto es que no dejan impávido el fondo endotímico habitado por el innumerable enjambre de todas las vivencias pulsionales y emocionales. Sería absolutamente ingenuo tratar de comprender el significado de una acción, de un gesto, de una palabra o de una omisión, si hacemos caso omiso de las motivaciones internas que incitan al sujeto a actuar de la manera como lo hace. Se trata de descubrir la forma cómo es provocado el proceso de la valoración en los jóvenes. En tal caso es imposible desatender la raíz de donde surgen los sentimientos y las emociones más íntimas. Es más, es preciso establecer la siguiente evidencia para lograr una mejor comprensión de nuestro tema. El mundo exterior, natural o social se encuentra en una perfecta correspondencia con la subjetividad más profunda del joven en cuestión. La valoración de un hecho, suceso o acontecimiento, realizada por los jóvenes estarán siempre impregnados de la sustancia emocional que se encuentra en su fondo endotímico. Es posible, pues, hablar del joven pobre como de un ser dotado de mecanismos psíquicos y orgánicos profundos suscepti-

bles de reaccionar ante determinados estímulos sus reacciones subjetivas conforman una mezcla de elementos inseparables con los estímulos objetivos, de tal suerte, su valoración de las cosas y aún de sus propias vivencias están íntimamente unidas al miedo, al dolor, al placer, Por otra parte, no es necesario que resortes > temos disparen sobre él sus estímulos, para que produzca en éste la reacción correspondiente. En muchos casos o en múltiples circunstancias, los estímulos encargados de originar el proceso valorativo en el joven provendrá de su propia intimidad, de la potencia contenida en el ser orgánico de la ira, de la desesperación, del encanto, etc. Estas consideraciones constituyen apreciaciones raudas que nos permitirán adelantar, con un mayor detenimiento y mete referirnos respecto de estas materias. III. BREVE CONCLUSIÓN: PLANTEAMIENTO DE UNA TÉCNICA PRÁCTICA PARA LA VALORACIÓN, DESTINADA A LOS JÓVENES MARGINALES

Hemos expuesto algunos aspectos teóricos la capacidad que tiene el joven pobre para valorar. Hemos dicho, una y otra vez que los jóvenes pobres lejos de llevar a cabo una valoración subjetiva, sólo son capaces de proyectar hacia el objeto y sus prójimos, proyecciones de carácter eminentemente sentimental. Estas proyecciones de carácter sentimental suelen ser confundidas por los jóvenes pobres por una valoración objetiva y cierta. Cabe entonces formularse la siguiente pregunta ¿Puede aprenderse a valorar? ¿E algún procedimiento sencillo y de fácil aplicación que los jóvenes puedan aprender para conocer los valores y ponerlos en práctica? Nosotros creemos que sí; que este procedimiento consiste en ejercitarse en la realización de ciertas actividades que, de ser puestas en práctica conduzca en último término al descubrimiento y a la realización cotidiana de valores. No se trata de proporcionar aquí "una receta" que sirva para el logro de tales objetivos, eso sería imposible, nosotros no vamos a esforzarnos por explicar un procedimiento técnico que permita decirle a los jóvenes "cómo deben ellos hacerlo para valorar y practicar los valores". Es no es posible enseñar. Lo que es posible es de cultivar una cierta actitud interna que la persona que desea valorar debe tener y poner en práctica con rigor y objetividad, y sobre todo, con mucha disciplina. Los pasos que se deben seguir rigurosamente para alcanzar esta meta sólo pueden

den ser sugeridos y su resultado puede ser útil para el dominio de un "arte" que satisfaga la necesidad que se tiene de valorar y de vivir prácticamente en un mundo de valores encarnado en nuestra acción y en nuestra forma de ser. En primer lugar para adquirir las habilidades necesarias que nos permitan descubrir en los hechos, en las cosas, en las personas o en las circunstancias, determinados valores, requiere: 1) Disciplina: Nunca nadie podrá hacer algo en forma correcta si no lo hace en forma disciplinada. Las buenas cosas que deseamos obtener en beneficio de nuestra vida o de nuestro carácter no puede ser producto de un simple deseo, de un simple estado de ánimo determinado. La conquista de un bien y la realización a que este bien nos empuja, debe estar adscrito a una disciplina que comprometa toda la vida. Es cierto que el joven marginal, lo queramos o no, es excesivamente indisciplinado. No le agrada trabajar, quiere estar siempre ocioso, le agrada haraganear. La ociosidad en que vive por el concepto de disciplina constituye el antónimo de lo que nosotros entendemos por el concepto disciplina. Es extraordinariamente fácil percibir como el joven pobre se revela continuamente frente a toda autoridad que le exige cumplimiento de normas de vida disciplinadas. Se revela frente a ellas, y su rebeldía tiene toda la forma de una complacencia infantil para consigo mismo. El joven ha llegado al punto de desconfiar de toda la disciplina, provenga de una autoridad irracional o de una autoridad racional autoimpuesta. Una vida sin disciplina, empero, es semejante a una vida caótica y carente de sentido.

2) El segundo elemento que es necesario aprender y practicar como condición indispensable para lograr el dominio del "arte" de valorar y de poner en práctica estos valores es la concentración. Esto lo sabe muy bien quien haya querido alguna vez aprender una disciplina (tocar un instrumento, pintar, practicar un deporte, o sencillamente valorar).

En el mundo en que vivimos la disciplina es una virtud muy poco común. El hombre medio tiene una existencia difusa, confusa y desconcentrada que lo conduce a un extravío permanente respecto de sí mismo y de las metas que anhela alcanzar para realizar su vida. Si nos observamos unos a otros nos damos cuenta que lo habitual es hacer muchas cosas a la vez: se lee poco, se estudia escasamente, se ve mucha televisión, se ha perdido el arte de la conversación, la ca-

pacidad que tienen las personas para estar solas consigo mismas. Al joven pobre le resulta tanto o más difícil que al hombre común permanecer sentado y meditar, permanecer de pie y observar, contemplar el mundo que le rodea sumergido en un respetuoso silencio, aprendiendo de lo que sus ojos ven, de lo que sus oídos oyen, de lo que sus manos tocan, sin hablar, sin fumar, sin beber. Estos jóvenes están siempre nerviosos, inquietos y desasosegados. Parecen, en su ininterrumpida alteración, ser desconocedores absolutos de la concentración, la inmovilidad y el silencio.

3) Un tercer elemento que consideramos debe estar siempre presente en la realización de cualquier actividad importante, y en particular en el instante mismo de la valoración, es la **paciencia**. Para lograr cualquier meta en nuestras vidas sean estas fáciles o difíciles tenemos que poseer un pleno dominio de nosotros mismos mediante la paciencia. Los que aspiran a obtener resultados rápidos no conocerán nunca la facultad de tener paciencia. En nuestra sociedad industrializada se nos enseña la rapidez por sobre la paciencia. Las máquinas y los obreros deben actuar con prisa. Los buses, los aviones y los trenes deben viajar con prisa. La gente vive sus pobres existencias pensando siempre en que no quieren perder el tiempo; sin embargo, no saben qué hacer con el tiempo que ganan. La paciencia no debe ser una exigencia que nosotros imponamos a los jóvenes pobres; debe ser una virtud que debemos enseñarles a cultivar, para que aprendan a hacer las cosas con fe y sobre todo con esperanza. Cuando el agricultor siembra el trigo crece lentamente y se necesita mucha paciencia para tener nuestros graneros llenos de los granos dorados del trigo, que nos proporcionarán la harina y el pan para saciar nuestra hambre. A los jóvenes pobres debemos enseñarles la virtud del agricultor, pero también debemos proporcionarles algo valioso que se espera y que algún día ha de recibir para aumentar su corazón.

4) El cuarto elemento que consideramos indispensable dominar para convertirnos en maestros en el "arte" de valorar y de poner en práctica nuestros valores es la preocupación. El joven debe permanecer permanentemente preocupado por los aspectos teóricos y prácticos de todos los elementos constitutivos de la valoración. No queremos que el joven pobre sea un aficionado en el "arte" de valorar", eso no sirve para nada,

lo que sí sirve es que el joven pobre se convierta en un maestro en este "arte". La preocupación consiste fundamentalmente en ser responsable respecto de todos los pasos a seguir para lograr la valoración, o para lograr cualquier otra meta que nos propongamos alcanzar, pese a los obstáculos y a las adversidades que siempre nos salen al paso.

Como puede apreciarse, valorar y poner en práctica los valores no es el resultado de una acción inmediata y directa, previo a la valoración, es de absoluta necesidad conocer los pasos que la anteceden con el fin de convertir a ésta en un verdadero "arte". Los aprendices siempre realizan tareas menores. El aprendiz de carpintería aprende a cepillar, el aprendiz de piano comienza por practicar escalas; el aprendiz de pintor comienza por practicar trazado de líneas y formas esquemáticas; todo es un empezar cons-

tante, un ejercicio constante, un quehacer constante, que va de lo más simple a lo más complejo. Nosotros queremos que los jóvenes en extrema pobreza practiquen certeramente el "arte" a valorar y poner en práctica los valores; para ello es menester que dediquen toda su vida al aprendizaje y a la puesta en práctica de los elementos que hemos mencionado. El joven pobre, como el atleta, si quiere superar la etapa atroz de la pobreza, debe estar en forma, según las funciones específicas que debe realizar. Si conoce y domina y practica la disciplina, la concentración y la paciencia, a través de su preocupación constante por lograr este dominio, podrá decir como WALT WHITMAN:

**"VIVIR, VIVIR SIEMPRE Y
DEJAR LA MUERTE ATRÁS..."**

BIBLIOGRAFÍA

FROMM, ERICH: "Ética y Psicoanálisis". Editorial Paidós, Bs. Aires, 1972.

LERSCH, Ph. "Estructura de la Personalidad", Editorial Paidós, Bs. Aires, 1972.

KRAGES, L.: "Fundamentos de la ciencia de la expresión", Editorial Morata, Madrid, 1953.

KRUEGER, F.: "La esencia de los sentimientos", Editorial Paidós, Bs. Aires, 1957.

STERN, W.: "Psicología General", Editorial Paidós, Bs. Aires, 1957.

THOMAE, H.: Persönlichkeit. Eine dynamische interpretation. Bonn, 1955, Pag. 105.